

II.- Fenómenos celestes

La fuerza que dió lugar, con motivo de la demasiada aproximación de una gran estrella al Sol, a la creación de nuestro sistema planetario, es, como todos debemos saber, la fuerza de atracción, originada por la ley de la gravitación. Esa fuerza, al revés de lo que sucede con algunas fuerzas políticas, es permanente, eterna y rige para todos los astros de nuestro Universo. Ninguno de ellos puede acercarse demasiado a otro, sin correr el riesgo de ser desintegrado o destrozado.

En la brillante hilera de planetas que, colocados a distancias regulares, giran alrededor del Sol, hay, entre Marte Y Júpiter, una brecha en la que se mueve un enjambre de asteroides, pequeños cuerpos de pocos centenares de kilómetros de diámetro. Esos asteroides son los restos de un imprudente planeta.

Cuando el sistema solar no estaba aun perfectamente formado, los planetas seguían cursos irregulares, pasando muchas veces a través de nubes de fragmentos de materia cósmica que no había logrado concentrarse y que poco a poco se iban reuniendo a ellos, aumentando así su volumen. Esos cursos irregulares se transformaron poco a poco en las formas más circulares que conocemos hoy, no sin que antes, sin embargo, ocurrieran algunas celestes averías.

El planeta que debió estar situado entre Marte Y Júpiter, llegó, en uno de sus viajes, a colocarse demasiado cerca de Júpiter, sucediéndole entonces, aunque en mayor escala, lo que le sucedió al Sol cuando aquella gran ~~estrella~~ <sup>estrella</sup> se acercó mucho a él. Colocado a una distancia menor de 2.45 veces el radio de Júpiter -- que es de 70.000 kilómetros -- el planeta no pudo soportar la tremenda atracción y se rompió en fragmentos que siguieron girando en la misma órbita que tenía su progenitor y de los cuales los mayores son Ceres, de 770 kilómetros de

diámetro, y Eros, que proporciona los datos más exactos para determinar la distancia entre el Sol y la Tierra y que parece estar coqueteando con ésta, pues en ocasiones se acerca mucho a ella. (El día 30 de Enero de 1931 estuvo sólo a 25 millones de kilómetros de nuestro planeta.)

Pero no es esto todo. Cada vez que un planeta cualquiera se acercó demasiado al Sol durante aquellos días de cursos irregulares, debió sufrir lo que el Sol sufrió con la gran estrella. Así les sucedió a Júpiter, Saturno y Urano, a quienes el Sol arrancó grandes oleadas de materia, materia que al condensarse en diferentes masas dió origen a los numerosos satélites que poseen esos planetas.

Manuel Rojas

